

# HISTORIA DE LAS PERSECUCIONES

SUFRIDAS POR LA IGLESIA CATÓLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA ÉPOCA ACTUAL;

CONTIENE UN EXÁMEN DETENIDO DE LAS CAUSAS DE CADA UNA DE ELLAS Y DE LOS CARACTERES ESPECIALES QUE PRESENTARON, DE LAS PRINCIPALES LEGISLACIONES QUE CONTRA EL CRISTIANISMO HAN REGIDO Y RIGEN; LA BIOGRAFÍA DE LOS TIRANOS Y PERSEGUIDORES Y DE LOS MÁS ILUSTRES PERSEGUIDOS Y MÁRTIRES, CON INTERESANTES DESCRIPCIONES DE LOS LUGARES EN QUE SE LIBRARON LOS RECIOS COMBATES DEL ORGULLO HUMANO CONTRA LA VERDAD DIVINA DESDE EL CALVARIO, EN EL SIGLO PRIMERO, HASTA EL QUIRINAL, EN EL SIGLO ACTUAL.

OBRA ESCRITA POR

D. Eduardo María Vilarrasa y D. José Ildefonso Gatell

Cura propio de la parroquia de la Concepcion y Asuncion  
de Nuestra Señora, en Barcelona.

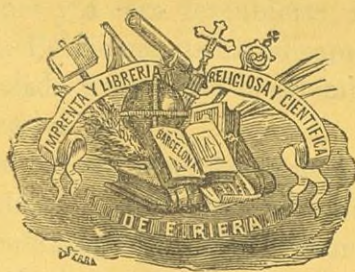
Cura propio de la parroquia de San Juan,  
en Gracia (Barcelona).

É ILUSTRADA

CON MAGNÍFICAS LÁMINAS INTERCALADAS EN EL TEXTO.

PREVIA CENSURA DIOCESANA.

TOMO PRIMERO.



BARCELONA:  
IMPRESA Y LIBRERIA RELIGIOSA Y CIENTIFICA  
DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA.

calle de Robador, núm. 24 y 26.

1877.

Cuaderno 48.

DE LAS PERSECUCIONES

DE LA IGLESIA CATOLICA

DESDE SU FUNDACION HASTA LA EPOCA ACTUAL

CONSTITUCION DE LA IGLESIA...  
PERSECUCION DE LA IGLESIA...  
Y SIGUIENTE...  
LOS REYES...  
HASTA LA EPOCA ACTUAL...

D. Eduardo Madoz Viterbo y D. José Hltonso Galdos

E ILUSTRADO

CON MAGNIFICAS PLANTAS Y FIGURAS EN DIBUJO

EN UN TOMO CON 100 PAGINAS

TOMO PRIMERO



BARCELONA:

IMPRESA Y LIBRERIA BELGICANA Y GIBERTI

DEL HERMANO DE D. CARLOS RIBAS

1877

la iniciación de la secta de Milhna. Echado en un baño recibió sobre sus miembros la sangre de una víctima inmolada.

Pronto fué conocida de la cristiandad la defección del nuevo Augusto; pero la impresión causada por este paso no correspondió á la gravedad del mismo. El paganismo de sus costumbres y de sus afecciones era proverbial. Por otra parte, la conducta reprobable y perjudicial de Constancio en lo referente á los asuntos doctrinales, casi hacía preferible una oposición abierta á la hipócrita protección. Las discusiones teológicas sostenidas de orden imperial y por orden imperial resueltas, tenían hastiados á todos los hombres de buen sentido.



ATANASIO CONFIRMA Á LOS FIELES DE ALEJANDRÍA.

Por aquellos días Juliano escribía á su amigo Máximo: «Sois acreedor á que os notifique ántes que á otros las muchas y visibles muestras de protección que estamos recibiendo de los dioses... Ya les adoramos sin temor y á cara descubierta. La masa de ejército que nos acompaña participa de nuestra piedad. Públicamente sacrificamos; y en reconocimiento de los beneficios alcanzados, hemos inmolado numerosas hecatombes. Los dioses me piden que viva santamente, y yo procuro obedecerles...»

No seríamos imparciales historiadores si no consignáramos aquí la moralidad de vida y la justicia y rectitud de su administración. Era general el convencimiento de que los papeles estaban trocados entre los representantes de la soberanía en aquel momento histórico. «El representante del viejo culto, dice M. A. de Broglie, del culto del orgullo y de la concupiscencia era un jóven de costumbres austeras y sencillas, modestamente esclarecido por un rayo de gloria; envejecido ántes de hora á causa de sus disipaciones, el defensor del Evangelio avanzaba, aparejado como un ídolo, rodeado de ridícula pompa, manchados sus vestidos con sangre de cristianos.»

No debe, pues, extrañarse que la apostasía de Juliano impresionara poco á la cristiandad, cuando el Emperador fiel renegaba de las doctrinas de Nicea, y enviaba al destierro y hasta al martirio á los confesores ortodoxos. Una protección que tenía en contra continuamente los gemidos y las protestas de Atanasio, estaba del todo desvirtuada. En cierto sentido también era apóstata Constancio. Sólo aparecía, pues, triunfante una apostasía sobre otra apostasía.

La exaltación de Juliano produjo muy diferente impresión en Roma que en Atenas. Roma

consideraba en Juliano al hombre poco afecto á sus costumbres y á sus tradiciones; al griego amigo de los héroes del Parthenon, del Pórtico, de la Academia; al filósofo que prescindía de las glorias estrepitosas del Capitolio. De ahí que Roma prefería Constancio, si bien no del todo romano como los antiguos emperadores, mucho ménos griego que Juliano.

En Aténas la satisfaccion fué entusiasmo y hasta delirio. La carta escrita á los atenienses por su nuevo soberano, les recordó á su antiguo discípulo. «Sabía Juliano, dice Liberius, que los mismos dioses quisieron ser juzgados por los atenienses; por esto les escogió para que fueran sus propios jueces.»

La carta salutaria llevada por Eunape á Aténas fué acompañada del rescripto imperial ordenando la reconstruccion de los templos paganos.

Semejante medida avivó los sentimientos religiosos en los adoradores de ambas religiones; y suscitó acaloradas disputas en los atrios de los templos. La Grecia era discutidora por naturaleza. La agitacion producida por aquellos sucesos alarmó á Juliano, quien comprendió lo imprudente que era mientras tuviera Constancio el cetro en la mano y un resto de imperio provocar una lucha religiosa. Una nueva alocucion apareció en Aténas exhortando á la conciliacion de los espíritus y á que «cada cual adorara en paz á sus dioses, segun el rito de sus padres.»

Mientras Juliano abría los templos del paganismo, en Antioquía Constancio condenaba la fe de los sinceros cristianos, y añadía nuevos nombres á la lista de los obispos desterrados.

Constancio se preparaba á nuevas luchas y se dirigía otra vez al Asia Menor, cuando se sintió atacado de maligna fiebre. Postrado en el pueblo de Mopsucrena, al pié del monte Jauro, llamó á un obispo para que le administrara el santo Bautismo, que, como Constantino, no había querido recibir ántes. Enzoius, nuevo obispo de Antioquía, se lo administró, así como la santa Confirmacion. No teniendo hijos, nombró heredero del imperio á su enemigo Juliano, y murió á los 3 de noviembre del 361.

Así acabó sus días en un pueblecito de Armenia el último hijo de Constantino, entre las maldiciones de los cristianos, en brazos de los heréticos, y la silba de los paganos, dejando á un apóstata por heredero.

San Jerónimo al saber su fallecimiento, exclamó: «Muere la fiera y renace la tranquilidad.» Ammien Marcelino, dijo: «Este soberano mezcló á su cristianismo la supersticion mujeril. Más ocupado en discutir sutilmente la religion que en establecerla seriamente, provocó incesantes cuestiones, que envenenó por juegos de palabras.»

## XX.

### Imperio de Juliano.—Su proteccion al paganismo.

Al conocer la muerte de su rival, Juliano se dirigió á Constantinopla, precedido por la fama de su nombre, glorificado por muchos triunfos. Todo el Oriente sentía profundas simpatías hacia el que había pasado allí su juventud y alimentado íntimo afecto á sus costumbres. El pueblo de la antigua Bizancio, guiado y conducido por los más influyentes filósofos, convertidos en aquellos días en tribunos, otorgó la más entusiasta ovacion al Augusto universal.

El primer cuidado del Emperador fué rendir al cadáver de Constancio los honores debidos á su rango. Ordenó su traslado á Constantinopla. «A su paso por los pueblos, escribió Gregorio Nacianceno, su memoria recibió testimonios incesantes de respeto. En todas las ciudades del tránsito celebrábase servicios divinos, y los cristianos permanecían toda la noche en oracion, cantando himnos, rezando salmos al resplandor de miles de antorchas... Las disensiones enmudecían, y los motivos de queja se olvidaban ante el féretro del sobe-

rano bautizado y del hijo de Constantino...» El cuerpo fué conducido á la iglesia de los Santos Apóstoles de Constantinopla, donde no dice la historia si Juliano le acompañó.

Libanius, escritor pagano, cuenta que al llegar á Constantinopla el cadáver de su antecesor, Juliano dispuso se le rindieran los honores convenientes *en nombre de los dioses protectores de la ciudad*, y que él mismo inauguró el *culto de los dioses*, derramando libaciones por su propia mano, felicitando á los que le imitaban y riéndose de los que no le seguían; ensayando persuadir, pero no intentando violentar.

Así, Juliano se atrevió á dar el primer espectáculo de un sacrificio idolátrico en Constantinopla, ciudad que un historiador llama acertadamente: «cristiana de nacimiento y virgen de toda idolatría.»

El fervor para el paganismo rayó en delirio en el alma del nuevo soberano. Por fortuna el pueblo constantinopolitano, educado en las grandes verdades de la fe é inspirado por la santa poesía de los misterios cristianos, encontraba fría la doctrina para él nueva y estúpido el culto que se pretendía sustituir al verdadero. El Evangelio había levantado el nivel de las ideas. El pueblo de la fe cristiana era inmensamente superior al sacerdocio gentil.

Juliano no contaba por adictos entusiastas á la restauracion del paganismo sino unas cuantas docenas de asiáticos y griegos; algunos filósofos, enemigos de la subordinacion de la inteligencia á una autoridad y unos cuantos militares, necesitados y ávidos de pujanza. El antiguo ritualismo había caído en desuso, y nadie apénas recordaba las fiestas de los dioses. Juliano se constituyó pontífice y maestro de ceremonias, doctor y sacristan de la restaurada secta. Viósele descender en persona á ordenar y organizar las preces, las libaciones, los sacrificios; instruir á los futuros sacerdotes sobre la manera como habian de consultar las entrañas de las víctimas, y de consumir sus carnes y de derramar su sangre.

Enseñaba á los pueblos qué divinidades debían invocar y como debían honrarlas. Hizo construir un templo dentro de su jardin, una capilla en el interior de su palacio. Por la noche sacrificaba á los demonios de las tinieblas, por la mañana al dios de la aurora, y al dios, especial objeto de su devocion, el Sol. La diosa Fortuna fué erigida en su antesala.

El dios Sol tenía de tal manera enajenado su espíritu, que compuso en su honor una especie de tratado filosofico-poético, dirigido á su amigo Salustio, en el que las excelencias del grande astro eran examinadas y alabadas. Evocaba los éxtasis que en su contemplacion había gozado durante la infancia. Llamaba al Sol «el principio inmutable de toda perfeccion, de toda belleza y de toda inteligencia... En la escala divina de los séres que une el cielo con la tierra, el Sol tiene el puesto intermedio entre los dioses inferiores mezclados en la creacion, y los dioses superiores que emanan directamente del Bien supremo y le rodean. El Sol ha contribuído, pues, á la formacion de todo cuanto existe... Él tiene mil nombres como las mil operaciones que ejerce. Es Júpiter, Baco, Apolo... de él nacen las tres Gracias. Castor y Polux, con su alternativa existencia, son la imágen de sus oposiciones intermitentes. Ante él marcha Minerva; Vénus le acompaña...»

Por este estilo ocupó Juliano algunas páginas encomiásticas. Pero las ideas materialistas de la filosofia pagana eran ridiculeces pueriles, aún siendo elocuentemente expresadas, si se comparaban con las magníficas doctrinas del Evangelio, que Constantinopla ya conocía.

El hombre que se atrevía á decir que cuanto sabía el sol se lo había enseñado al pueblo adoctrinado en los dogmas de la inspiracion por el Espíritu Santo y educado en la santa historia de la Redencion por el Verbo, se hacía más digno de compasion que de respeto.

Hasta entónces, á pesar de sus delirios idolátricos, no cesaba de protestar sumo respeto á la libertad de accion de los cristianos. «De ninguna manera quiero, decía á Arabius, que se mate, ni atropelle sin derecho ni justicia á los cristianos...»

Consecuente con estos principios de tolerancia, expedía órdenes para que se restituyera la libertad á todos los oprimidos por Constancio. A todos indistintamente, ortodoxos y herejes, abrió las puertas de la patria. Atanasio fué libre como Aecio. «Venid, escribía á un

campeón de la lucha sobre la *consustancialidad*; aquí encontraréis una corte sin hipocresía, quizá la primera que hayáis visto, donde los aduladores son considerados como á peligrosos enemigos.»

Amien Marcelino, al ocuparse de investigar los móviles que determinaron á Juliano á seguir esta línea de conducta, emite un concepto, cuya gravedad acrecenta el carácter pagano de aquel historiador. «Calculaba Juliano, dice, que la libertad de creerlo todo aumentaría las discusiones y las disputas, evitándose de este modo el peligro de tener ante sí una población compacta, y pudiendo sacar partido favorable á la paganización social del espectáculo repulsivo de las divisiones de los cristianos.»

Los obispos ortodoxos no se prestaron á este astuto juego. Atanasio, Hilario, Liberio permanecieron retraídos del palenque á que se les invitaba. En cambio la corte del adorador del Sol se vió frecuentada por arianos, semiarianos y novacianos y hasta donatistas.

No es que Juliano descuidara disputar sagazmente á la Iglesia el terreno conquistado durante sus dos antecesores en el poder. Con pretexto de indemnizar perjuicios causados á las municipalidades y á los particulares, ordenó una indemnización á cargo de las obras de los templos y edificios piadosos levantados. Muchos santuarios cristianos fueron erigidos en terrenos públicos á petición de los pueblos; pues á petición de los mismos pueblos la Iglesia era despojada de sus propiedades legítimamente adquiridas.

La corriente paganizadora era fuerte, violenta. Los ambiciosos, los anhelantes de medro dejáronse arrastrar fácilmente por ella. Cada día presentábanse nuevos apóstatas, fingiendo acendrada devoción á los antiguos dioses. Todo el que conservaba alguna reliquia de la pagana liturgia, algún monumento del gentilismo, se creía afortunado. Presentábalo á Juliano como un título eficaz á su protección.

El cuerpo de administración romana y los filósofos eran paganos de corazón. Las virtudes severas del Cristianismo no habían medrado en el espíritu de aquellos hombres materializados unos y otros absorbidos por fútiles raciocinios. Para unos y otros el Cristianismo era demasiado moral y celeste.

La adhesión de tantos súbditos suyos á su culto le llenó de satisfacción, al paso que los verdaderos cristianos daban gracias á Dios de que librara su comunión de unos hombres, cuya fe era sólo aparente.

Pronto el gran restaurador palpó las dificultades inherentes á aquel artificial cúmulo de apostasías. Venidos al paganismo sólo por el atractivo de los favores imperiales, tomaron la fe como una industria; la profesión del culto como un memorial. La disipación de las costumbres tuvo alarmante crecida.

Los sofistas de todas las regiones diéronse cita en Constantinopla, donde se exhibió el cuadro de los escándalos más repugnantes. «Todo el fango depuesto en las capas inferiores de la sociedad, dice Broglie, subió á la superficie. Charlatanes indignos vendiendo objetos del culto y de la superstición, entusiastas gentiles haciendo contorsiones violentas, mujeres perdidas intitulándose sacerdotisas ó bacantes, recorrían las calles de la ciudad á todas horas, vestidas de extraña manera. Todos aquellos seres degradados á la sombra del culto imperial, reclamaban una pensión del tesoro, y muchos un puesto en palacio.

«En las grandes solemnidades, cuando Juliano se dirigía con pompa á los templos paganos, rodeábale un cortejo de seres prostituidos, que se decían representantes de los dioses. Como ostentaban insignias sacerdotales tenían puesto preferente á los de los altos dignatarios del imperio; lo que equivale á decir, que iban inmediatos al Príncipe.

«Los obscenos gracejos y descompasadas hilaridades abrumaban los oídos del soberano; y el casto, el grave Juliano atravesaba Constantinopla, rodeado de una mascarada de borrachos y de meretrices medio desnudas, en cuyos rostros se descubrían las huellas de la orgía nocturna.»

Después de haber sufrido la humillación de aquellas desnaturalizadas ovaciones, Juliano

se veía condenado á soportar el asedio de las solicitudes de empleos y riquezas. Reclamábasele la paga de las alabanzas tributadas á sus dioses y los panegíricos de sus propias cualidades. Juliano se esforzaba en inculcar á todos la moderacion y la templanza.

Empero no por la virtud sino por el bienestar se habían paganizado las masas de pretendientes. Los descontentos empezaron á difundir la voz de que las promesas de Juliano no tenían valor; que se trataba de ocultar el vacío tras la palabrería.

Juliano se convirtió en *cínico* para contrabalancear con el aspecto de su pobreza, de su abandono, de su embrutecimiento el afán de grandeza, de opulencia y de esplendor de los sofistas y de las muchedumbres desmoralizadas.

El cinismo se basaba en el desprecio de la dignidad humana; en la indiferencia ante toda grandeza ficticia ó real; en la mortificacion artística, no moral. La extravagancia en el vestir y en el comer eran los signos exteriores de los profesantes de aquella secta, nacida de la ridiculez de carácter de Diógenes.

La nueva actitud de Juliano produjo un sentimiento general de repulsion. Falto del *decorum* imperial, nada tuvo de Augusto el soberano á los ojos del pueblo. Sólo un resto del sentimiento de respeto á la persona del Principe contuvo la silba de Constantinopla.

Los cortesanos no concebían cómo podía plantearse en un palacio regio la austeridad casi cenobítica. Las murmuraciones, las sátiras, las ironías fueron tantas, que el Augusto cínico se vió precisado á escribir un tratadito, que tituló: *Contra los perros ignorantes*; en él propúsose su autor defender la filosofía contra los que la atacan y contra los que la deshonoran. El cuadro de costumbres que traza en aquellas páginas es testimonio fehaciente del grado de corrupcion á que llegó durante la restauracion pagana la moralidad pública.

El cinismo del Emperador, careciendo del espíritu y de la gracia que el Cristianismo creído y practicado derrama al alma, no fué ni edificante, ni eficaz. El cinismo es la santidad de piedra, la santidad material, si se quiere, pero santidad sin espíritu, sin alma, sin vida.

La corrupcion de los paganos, sus disensiones, sus rivalidades, sus ridiculeces ejercieron directa influencia en la cristiandad. El espectáculo de los vicios triunfantes resucitó la admiracion de las virtudes por la Iglesia enseñadas y practicadas. Vióse, pues, un movimiento hacia la restauracion moral en el campo opuesto á las regiones oficiales.

Comprendió Juliano cuánto podía perjudicar á sus planes aquel significativo síntoma, y trató de tomar nuevas y más enérgicas medidas para cortar el vuelo de la Iglesia.

## XXI.

### Comienzo de la persecucion.

Consecuente con los principios de la política que se había trazado, trató de llevar adelante la paganizacion social sin desplegar el sistema de resistencia, que usaron los antiguos emperadores. Por suave pendiente se propuso llegara su imperio al olvido del culto de JESUCRISTO.

Á fin de que se acostumbraran sus soldados á las funciones gentiles sin exigir el sacrificio violento de su fe, dispuso un día la distribucion de un sueldo extraordinario, en memoria de un reciente triunfo.

Reservóse para sí la presidencia de aquel espectáculo militar.

Mas ¡cuán grande fué la sorpresa de los cristianos suspicaces, al observar junto al sillón imperial, erigido un altarcito, con su copa de fuego encendido, y su naveta de incienso preparada! ¡y cuánta indignacion se posesionó de ellos al recibir la orden de echar cada soldado un granito de incienso en aquel incensario sacrilego!

Entre los cristianos advertidos levantóse sordo rumor. ¿Significa esto, se preguntaban, un sacrificio velado á los ídolos ofrecido? Y se resistían muchos á presentarse. No querían vender la fe por un puñado de maravedises.

Los agentes imperiales, procurando desvanecer tan justos escrúpulos, hacíanles observar que no había junto al altar imagen, ni ídolo. La generalidad se resistía, sin embargo, á exponerse á una apariencia de apostasia.

Inquietábales además del misterioso aparato del altar, del incienso y de la irregular ceremonia, el observar que el Labarum, símbolo cristiano de los triunfos de Constantino, había sido transformado en insignia semejante al de las antiguas legiones; y que la cruz y el monograma de CRISTO estaban sustituidos por las cifras del Senado y del pueblo romano.

Tantos síntomas disipaban toda duda. Pero, cuando al regresar á los cuarteles, los soldados cristianos observaron que sus camaradas correspondían con risas sardónicas al señal de la cruz, que hacían sobre sus frentes, según piadosa costumbre, preguntaron indignados: «¿Qué significan estas burlas?»

Á lo que se les contestó: «Reimos viendo que adoráis aún á JESÚS que acabáis de renegar.»

Juntáronse entonces los ofendidos, y rasgando sus vestidos, salieron á recorrer las calles de Constantinopla proclamando que sólo por engaño habían sacrificado á los ídolos.

Originóse con aquel motivo la más expansiva y tierna confesion de fe que el mundo ha presenciado. Legiones enteras fueron á arrojar á los lindeles del palacio el oro recibido.

Rechazado este primer ensayo, Juliano vaciló un momento entre la idea de abandonar su línea de conducta respetuosa para las creencias, y la de dejar impune la protesta tumultuosa contra una determinacion imperial. Un momento prevaleció el celo por su propia autoridad.

Dió *ab irato* orden de ajusticiar á los soldados manifestantes. Constantinopla se vistió de luto. Jamás se vió tanta y tan general consternacion en un pueblo.

Innumerables ciudadanos de todos rangos, formando imponentes oleadas, precipitáronse al lugar del suplicio. Ya se habían arrancado á las víctimas elegidas sus vestidos y sus decoraciones, ya iba el verdugo á empezar la serie de decapitaciones, cuando llegó una orden imperial suspendiendo la hecatombe.

Mas el hecho había impreso carácter en la vida de Juliano. La mansedumbre pasada quedó olvidada por este rasgo de crueldad. Y las lágrimas de los indultados, que se dolían de haberseles privado de la palma del martirio, acababan de colorear el cuadro de la persecucion.

Nacida la desconfianza fué difícil su renacimiento. Los jefes militares, no paganizados, fueron depuestos sin consideracion á sus glorias guerreras. Valentiniano lo fué porque sacudió su túnica ante el Emperador un día en que, estando de servicio en palacio, le alcanzó la aspersion del agua lustral.

La agitacion religiosa se extendía y acrecentaba en provincias. La ley disponiendo la restitution de las propiedades cedidas á la Iglesia originaba graves atropellos. Los agentes del paganismo, no sólo reclamaban los terrenos y los edificios cedidos, sino las piedras preciosas y los metales que, procedentes de los ídolos, sirvieron para la confeccion de las cruces y de los vasos sagrados.

En Aretusa de Siria, el obispo Marco resistióse con especial fortaleza á restituir el terreno de su iglesia edificada sobre las ruinas de un templo gentil. Las turbas amenazadoras exigíanle el cumplimiento inmediato de la orden soberana. Buscó primero la salvacion en la huida; pero despues, sabiendo que algunos de sus feligreses eran perseguidos á causa de su desaparicion, regresó.

Este admirable rasgo valióle un recrudescimiento de encono en sus adversarios. Arrebatado por el furor de las masas, fué pisoteado, arrastrado por los cabellos, blanco de infernales atropellos. Su cuerpo era lanzado como una pelota de grupo á grupo. Magistrados y damas distinguidas creyeron deber tomar parte en aquel cruelísimo juego. El cuerpo de la víc-



tima, untado de miel, fué expuesto al martirio de las moscas. Sin embargo, el invencible defensor del derecho no cedió ni un momento. Su firmeza cansó la barbarie de los enemigos, y le valió la libertad. Su tesón atrajo á muchos á la confesion de una fe que tales maestros tenía.

En Damasco, los judíos, alentados por el viento dominante, incendiaron varias iglesias. El prefecto Magnus incendió solemnemente la iglesia de Beryta. Las turbas erigieron la estatua de Baco en el altar de la iglesia de Emeso, dispersando por los cuatro vientos las cenizas venerables de los mártires. En Heliópolis, fué restaurado el impúdico templo de Vénus, y las infames ceremonias, abolidas un día en nombre de la moral pública, fueron restablecidas. Un convento, morada pacífica de cristianas vírgenes, que expiaban los pecados de las antiguas vestales, invadido por asalto, se convirtió en teatro de las más bárbaras acciones. Las vírgenes insultadas sufrieron todas doloroso martirio.

Tantas iniquidades indignaron á los escritores honrados que el paganismo contaba entre sus defensores. Libanius y Salustio Segundo hicieron ecos de la reprobacion general. Pero hay momentos en que la justicia no es oída por elocuentes que sean sus reclamaciones.

Miéntas en unas partes los cristianos cedían resignados á la violencia de sus perseguidores; en otras, armados de varonil firmeza, erguían la frente defendiendo su fe, aunque ciertos de verla coronada por el laurel del martirio.

La cristiandad de Cesárea de Capadocia impuso temor á los paganos, que escondidos, no se atrevían á defender á sus dioses. Juliano les envió una alocucion echándoles en cara su cobardía, y amenazando reducir á cenizas la ciudad. Los eclesiásticos de ella fueron inscritos en las filas del ejército ó en los cuadros de la policia. Eupsiquio, que había promovido la destruccion del templo de la diosa Fortuna, fué condenado á muerte. La Iglesia de Capadocia escribió su nombre en la lista de sus mártires.

En una poblacion de la Frigia, tres jóvenes, acusados de haber desmenuzado los ídolos, fueron sacrificados en la tortura. En una ciudad de la Tracia, Emiliano, joven celoso, penetró durante la noche en el templo pagano, derribó el altar, destrozó el ídolo, y se escondió. Mas sabiendo que á causa de su fuga eran perseguidos algunos hermanos suyos en la fe, presentóse él mismo á sus perseguidores, y fué condenado á muerte y sacrificado. Su nobleza, su valor, su dignidad atrajéronle las simpatías de los ciudadanos. «Los magistrados de Juliano, escribió sobre aquel hecho san Jerónimo, no vieron sino la ley violada; los pueblos vieron en él la fe vengada.»

Tamañas escenas preparaban la union de los disidentes con los ortodoxos. Muchos, olvidando antiguas cuestiones, se hacían un deber de fundirse en el cuerpo de los verdaderos creyentes. Los milagros de la multiplicacion de la fe obrados en las catacumbas se reproducían en virtud de las nuevas persecuciones.

Juliano se resolvió á quitar á la cristiandad otro elemento de propaganda. La literatura y la filosofia profesadas por los creyentes servían desde mucho tiempo á la difusion de las buenas doctrinas. La elocuencia de los maestros del Evangelio brillaba sobre la de los sistemas racionalistas. Pureza de lenguaje, vivacidad de imágenes, contundencia de raciocinio, erudicion, gusto, cuanto constituye el atractivo del alma y el dominio de la inteligencia, se hallaba reunido en los trabajos característicos de la escuela católica. El Cristianismo, sin desdeñar las joyas puramente literarias del clasicismo pagano, tenía creado un tesoro literario independiente. Hijo del Verbo, el Verbo se había complacido en hacerle rico en expresion.

Pesaba á Juliano ver en manos de sus contrarios arma tan poderosa, y despues de interiores luchas sostenidas entre su sentimiento de justicia y su deseo de coartar los progresos de la fe, resolvió declarar propiedad exclusiva de los servidores de los dioses el cultivo de las letras. Quería avasallar la Religion por medio de la ignorancia.

Dos leyes consagró á imponer á sus súbditos sus estúpidos proyectos. Por la una confió á

las curias de las grandes ciudades el derecho de nombrar los profesores de las artes y de la medicina; prohibiendo que los no favorecidos con nombramiento oficial, enseñaran. Pero el lleno de su pensamiento lo vació Juliano en un edicto ó alocucion aparecida en las esquinas de Constantinopla, de la cual traduciremos aquí los principales párrafos.

«... Todos cuantos, decía, quieren profesar la enseñanza, deben ser de irreprehensibles costumbres, y guardarse de difundir opiniones reñidas con las creencias populares...

«...¿Qué es lo que yo veo? Homero, Demóstenes, Herodoto, Thucydides, Isócrates ¿no reconocieron que los dioses eran los padres y genios de todas las ciencias? ¿No se creían consagrados, quienes á Mercurio, quienes á las Musas? ¿No es absurdo que los que interpretan los libros de aquellos grandes hombres, insulten á los dioses á quienes ellos honraron? Insensata es para mí esta conducta. No es que me proponga forzar á los que la observan á un cambio de sentimiento; sólo les dejo la eleccion entre dejar de enseñar lo que ellos reprueban, ó si persisten en enseñar, convenir y darlo á entender á sus discípulos que ni Homero, ni Hesiodo, ni los otros escritores que interpretan son culpables de impiedad, de demencia ó de error, segun hoy les acusan. Porque al fin, los que viven de las obras de estos escritores, los que ganan el pan por las obras de aquéllos pasarían plaza de ser los más avaros de los hombres si enseñaran por algunos dracmas lo que en su conviccion es falso.

«En verdad, hasta hoy existía cierto motivo para no frecuentar los templos de los dioses; el temor por todas partes difundido servia de pretexto concebible para alterar las verdaderas nociones de la divinidad. Empero ya que los dioses nos han devuelto la libertad, pareceme absurdo que haya quienes enseñen lo que no creen. Si reconocen la sabiduría de aquellos cuyas obras interpretan, estudien la manera de imitar la piedad de sus autores para con los dioses. Si piensan al contrario, que todas sus opiniones son falsas; vayan á las iglesias de los galileos, é interpreten allí á Mateo y á Lucas...

«En cuanto á los jóvenes que quieran seguir el curso de las buenas doctrinas, yo no les impediré su decision... sería injusto retenerlos por fuerza en el círculo de las costumbres de sus padres.»

Este edicto alarmó á las ciudades que contaban con centros de enseñanza. Todos los establecimientos científicos tenían muchos profesores cristianos. Las cátedras, que se distinguían por el criterio cristiano, se declararon simultánea y espontáneamente vacantes. En Laodicea, Apolinario, en Atenas, Proæreso, se despidieron de sus discípulos anegados en llanto. Marius Victorinus enmudeció en Roma. Estas tres notabilidades honraban las letras sumisas á la fe. Brillante y larga era la carrera de su profesorado. Las eminencias de aquella sociedad les saludaban con el título de maestros.

En vano los agentes imperiales intentaron persuadir á las tres lumbreras del provecho que iba á resultarles si amoldaban el plan de su enseñanza al programa oficial. Prefirieron callar.

La juventud cristiana no quiso aprovecharse de la facultad que se les concedía de cursar en las clases públicas sin abjurar la fe. Universal fué el retraimiento.

De esta manera Juliano cerraba el porvenir á los jóvenes creyentes; pues ignorantes en cuanto á las bellas letras se refería, quedaban imposibilitados de subir á los puestos elevados de aquella sociedad.

Los antiguos compañeros de escuela de Juliano leyeron con escándalo aquellas disposiciones, que eran un mentís formal á la nobleza de alma y expansion de sentimientos que caracterizaban á su augusto condiscípulo. Muchos se atrevieron á protestar; otros legaron á la historia de la defensa del Cristianismo lógicos y sólidos comentarios sobre tan maliciosas disposiciones.

Gregorio Nacianceno decía: «¿Con qué derecho este hombre, amante de la Grecia y de la elocuencia, pretende que el griego pertenece exclusivamente á él y á sus dioses? ¿Con qué derecho nos interdice la palabra que el Verbo de Dios ha constituido como un lazo mútuo para

hacer su vida dulce, humana, sociable?... ¿Es razon suficiente para privarnos del griego, el que en griego hablaban los autores paganos? ¿No son los egipcios y los hebreos quienes inventaron las letras, y los eubeanos el cálculo? ¿Qué sucedería, pues, si los egipcios, los fenicios, los eubeanos reclamaran para ellos exclusivamente el uso de tales descubrimientos?»

A las reclamaciones de este género que continuamente llegaban á oídos de Juliano, contestaba: «La elocuencia nos pertenece; la rusticidad y la ignorancia pertenecen á los cristianos; la filosofía de los galileos es creer.»

Nunca nadie había osado llevar tan allá las consecuencias de la aversion á una idea, á un sistema, á una obra. Confiscábanse bienes, privábase del fruto de los empleos, arrojábase lejos de la patria al enemigo, al rival; pero nadie hasta entónces se atrevió á confiscar la ciencia de una respetable parte de la sociedad.

Lamentáronse algunos á veces de la ignorancia, de la rusticidad, de la mayoría de creyentes; mas no tolerar que los creyentes, en su cualidad de tales, buscaran en la luz científica, ó la disipacion de sus preocupaciones, ó la confirmacion ó apoyo de sus dogmas, esto es lo que es muy difícil de comprender, y lo que hasta es inconcebible que intentara establecer como principio de gobierno un soberano que fijaba su mayor gloria en sus títulos literarios.

Muchos cristianos sencillos no midieron todo el alcance de la medida acordada por Juliano; y atribuyendo al acaloramiento de las opiniones de las escuelas las pasadas divergencias dogmáticas, se alegraron al leer el contenido del edicto, y sobre todo aplaudieron esta frase del apóstata: «A vosotros os toca creer y no saber.»

Con ocasion de aquellos tristes incidentes, vieron la luz, y se pronunciaron hermosas defensas sobre la armonía entre la ciencia y la fe; respuesta anticipada á las pretensiones de algunos contemporáneos de confundir la oscuridad intelectual con las creencias dogmáticas.

En este punto, la táctica de los modernos adversarios del Catolicismo coincide con la de los tiempos de Juliano. Atribúyese ciertas tendencias oscurantistas á los secuaces de la verdadera fe; declámase contra la supuesta alianza del dogmatismo con las tinieblas; y las obras, que son parte de la escuela católica, son rechazadas desde el primer momento, y desvirtuadas con el calificativo de retrógradas. La presente historia evidencia que no son nuevas estas armas usadas mil cuatrocientos años hace por los adictos á la apostasía.

El Cristianismo y las ciencias andan en perfecto acuerdo. «Si bien, como dice Broglie, en los exordios del Cristianismo, las artes y las letras le fueron extranjeras, muy pronto adquirieron derecho de ciudadanía en él, como quiera que cesaron los motivos que las tenían alejadas. Ante una naturaleza decaída y un mundo corruptor que había abusado de todos los dones del Criador, JESUCRISTO debía presentarse solo, débil, desnudo, para que apareciera la fuerza divina en el seno de la enfermedad humana. *El Verbo de Dios había descendido á su reino y los suyos no lo recibieron.* Ni la filosofía, emanacion de la razon divina, ni la poesía, pálido reflejo de la luz increada, eco débil de los celestiales conciertos, no habían reconocido en el humilde niño de Belen á su maestro y rey. Por mucho tiempo se resistieron á escucharle; y como castigo de su rebeldía, Dios las había retenido cautivas entre la red de los pescadores ignorantes de Genezareth. Mas había de llegar el tiempo en que cesara la revuelta de la criatura; orientó el día en que el genio del hombre, domado y sometido, hizo homenaje de todas sus conquistas á la verdad eterna. Desde entónces toda ciencia, cualesquiera que sean su nombre, su data y su patria, perteneció á JESUCRISTO por derecho de conquista, así como á Dios por derecho de creacion. A nadie fué permitido privar de ella á la Iglesia, ni á la Iglesia desprenderse de su posesion.»

Juliano, negando á los cristianos el digno puesto que les correspondía en las academias y en las escuelas; desdeñando el mérito y la gloria de los grandes talentos que eran la honra de la Iglesia en Oriente y en Occidente, dejó para siempre atestiguado el radical encono de su alma contra el Cristianismo.

Bajo la mala impresion producida en la parte cristiana de su imperio, emprendió su expedicion á Persia, cuya guerra Constancio hubo de interrumpir, á causa, primero, de la rebellion del ejército galo, y despues, de su inesperado fallecimiento.

Por todas partes alardeaba su devocion á las divinidades. Fué á Pesinonte de la Frigia expresamente para adorar á Cibeles, madre de los dioses, que le merecía el primer afecto despues del que profesaba al sol. Encontrando descuidado el culto de la diosa excelsa, incriminó por ello á los sacerdotes y al pueblo entero; y para enardecer los helados ánimos, compuso un tratado *teológico*, digámoslo así, sobre el sentido místico de la fábula de los amores entre Atys y Cibeles.

En Ancyre de Galacia tuvo ocasion de desahogar su disgusto é indignacion contra los cristianos en la persona de Basilio, uno de los adalides de la causa ortodoxa que ya en tiempo de Constancio se hizo notable por su celo, y que se distinguió despues por sus declamaciones enérgicas contra la impiedad de Juliano.

Acusáronle de haberse opuesto á la restauracion de los templos idolátricos, y de haber ridiculizado el culto de los dioses. Conducido al pretorio por los agentes imperiales, compareció ante el soberano erguida la frente y con actitud noble y decidida.

—¿Quién sois y cómo os llamáis? preguntó Juliano.

—Ante todo, contestó el reo, me llamo cristiano, nombre grande y gloriosísimo, puesto que el nombre de CRISTO es eterno é imperecedero. Además me llamo Basilio. Pero si me hago digno del primero tengo asegurada dichosa recompensa.

—Equivocado estáis, Basilio; sabed que yo conozco vuestros misterios y creedme, Aquel en quien esperáis no es lo que os habéis figurado. Él ha muerto en el tiempo del gobernador Pilatos en la Judea. ¿Y qué podéis esperar de un muerto?

—Quien se equivoca sois vos, Emperador. Renunciásteis á JESUS en el instante en que os daba un imperio; mas yo os advierto en su nombre que pronto os va á quitar el imperio y la vida. Vos habéis derribado sus altares; Él os depondrá de vuestro trono.

—Yo quisiera salvaros, dijo Juliano, empero puesto que no tenéis en cuenta para nada mis consejos, preciso es que vengue la majestad del imperio ultrajada.

Dió orden de que le azotaran con vehemencia. Y fué tan puntualmente cumplida, que desgarraron los sayones las espaldas del valiente confesor. A la mañana siguiente pidió Basilio ser oído de nuevo por el soberano; peticion que fué interpretada como un deseo de acceder á las pretensiones imperiales. Juliano, para que el triunfo fuese más público, congregó el cuerpo de sacerdotes, y mandó comparecer á la víctima.

Basilio dijo al Emperador:—Supongo que vuestros adivinos os habrán anunciado lo que estoy resuelto á deciros.

—Creo, contestó Juliano, que oído por vos el dictámen de la prudencia, venis á reconocer vuestros errores y á sacrificar á los dioses.

—Nada ménos que esto. ¡Sacrificar yo á estatuas de madera que ni ven ni oyen!!! Y abriendo su túnica, acabó de arrancarse un pedazo de carne medio desgajada, y echándola á los piés del Emperador: «Héla ahí, dijo, comedla, si queréis, abreváos en mi sangre, la carne y la sangre de JESUCRISTO me alimentan á mí.

Aquella firmeza era el más contundente proceso de muerte. A la mañana siguiente Basilio era contado ya en el número de las víctimas sacrificadas en honor de JESUCRISTO (1).

Frases imprudentes intercaladas por Juliano en sus discursos al parecer conciliadores, revelaban el frenesí que le devoraba. Insufrible le era la perseverante dignidad de los cristianos. Un solo bello ideal servía como de norte á su conducta; humillar á los cristianos, eclipsar la gloria de JESUCRISTO. Envidiaba á JESUCRISTO el carácter y las virtudes de sus discípulos, cuyo fervor, entusiasmo y sacrificios comparaba con la frialdad é indiferencia de los paganos. El paganismo no era, en efecto, sino un cuerpo galvanizado. Sus movimientos no eran de

(1) Este Basilio no era el grande del mismo nombre, y que batallaba tambien el verdadero combate en aquellos días.

vida; eran contracciones obtenidas por el artificio. La fe era imposible en los secuaces de unos dioses, cuyo maquinismo los doctores y predicadores cristianos habían descifrado minuciosamente al pueblo.

El despecho que animaba al Emperador se deducía de las expresiones que destacan en todos sus documentos de aquella época. Cuando el sofista Hacébolo, cristiano apóstata, fué á interceder á favor de los cristianos de Edesa que, llevados de su fervor, se amotinaron contra algunos sectarios corrompidos, Juliano le contestó las siguientes palabras, tipo de las frases con que algunos siglos despues Voltaire promovía contra las cosas santas la hilaridad de las muchedumbres, más dispuestas á reir que á examinar.

«Yo siempre, dijo, he bien querido á los galileos.., y puesto que su excelente ley les traza el camino del reino de los cielos, quiero ayudarles á marchar por él. A este fin ordené que se quitara la plata de sus iglesias para distribuirla á los soldados, y que sus propiedades sean reunidas á nuestro dominio; así, reducidos á saludable pobreza, no perderán con tanta facilidad la palma celestial que esperan.»

Como sobrevinieran entre las ciudades de Mayume y Gaza rivalidades religiosas que engendraron sangrienta colision, las iglesias cristianas de la primera de aquellas localidades fueron incendiadas, los fieles obligados á dispersarse, y una familia de distincion sacrificada. El gobernador amenazó castigar severamente aquellos crímenes, y detuvo á alguno de los principales culpables. Los de Gaza nombraron una diputacion para impetrar la indulgencia del Emperador. Mas con sorpresa de los diputados oyeron de los labios de Juliano esta frase que por sí misma se califica: «*¡Qué! ¿es por ventura un crimen que un griego mate diez galileos!*»

Esta provocacion produjo inmediatos y desastrosos efectos. Los paganos de Palestina, coa- ligados con los judíos, se lanzaron á la más desenfadada persecucion. En la misma Gaza, algunas modestas doncellas fueron vergonzosamente expuestas en la plaza pública, abiertos sus vientres y sus pechos, y sus entrañas dadas á devorar á los inmundos tocinos. Turbas frenéticas recorrían las tumbas sagradas, y donde quiera que encontraban las cenizas de un mártir, las esparcían al viento. Una estatua de JESUCRISTO que, segun la tradicion, fué erigida por la mujer á quien el Salvador curó un flujo de sangre, fué derribada, hecha añicos y sustituida por una estatua de Juliano. Escenas que consternaron á la ciudad de Paneade, donde acaecieron.

Los piadosos secuaces de Antonio, que vivían mortificados en algunos puntos de la Palestina, dirigidos por Hilarion, fueron invadidos y perseguidos hasta el fondo de los desiertos á que se retiraron.

Por todas partes se levantaban nubarrones opacos, presagios funestos de crueldad y de terror. Los síntomas se multiplicaban cada día; el lleno de la persecucion se acercaba precipitadamente.

## XXII.

Efectos de la persecucion favorables á la union de los cristianos.—Atanasio en Alejandría.— Su influencia, su apostolado.—Cuarto destierro de Atanasio.—Numerosos mártires.

El prefecto de Alejandría y el obispo cismático Jorge sucumbieron víctimas de las sospechas y acusaciones de los paganos. Los alejandrinos, oprimidos por un gobernador déspota y por un obispo hereje, ambicioso y avaro, se regocijaron esperando un período de libertad y respeto. La Iglesia y el imperio nada perdieron con la desaparicion de aquellos dos magistrados.

Al llegar á conocimiento de Atanasio la noticia de los extraordinarios acontecimientos de su ciudad pastoral, creyó llegado el momento de presentarse entre los suyos. No regresó ántes,

precisamente porque viviendo Jorge, el usurpador de su silla, su coexistencia en aquel lugar, hubiera provocado terribles disensiones, y sin duda colisiones sangrientas. Atanasio no quería dar á Juliano el gusto de ver á los cristianos comprometidos en antievangélica batalla.

La entrada del ilustre adalid de la fe presentó el carácter de una inmensa ovacion del Oriente entero. No sólo la casi totalidad de los alejandrinos, sino muchedumbres procedentes de las más cercanas regiones, y hasta algunos grupos de países lejanos, se dieron cita para saludar al que, salvado misteriosamente del puñal de los perseguidores, se había sepultado en vida en los colosales panteones del Egipto.

Gregorio Nacianceno escribió sobre la llegada de Atanasio á Alejandría una página que debe ser transcrita en esta historia: «Al acercarse á la ciudad, toda la poblacion salió á recibirle. Había descendido del Nilo, y desembarcado á una milla de distancia; montó en un asno para recorrer aquel corto itinerario. Todos fueron ante él divididos por sexos, edades y profesiones, segun era entónces costumbre ordenar los homenajes públicos para las grandes recepciones. La muchedumbre se desbandaba como henchido río. Un poeta hubiera dicho que aquello era el Nilo con sus oleadas de oro que producen las cosechas. Sí, era el Nilo, subiendo de Alejandría hasta Cherea, lugar del desembarco. Dejadme que goce escribiendo esta reseña... no privéis á mi imaginacion del espectáculo de aquella fiesta. Atanasio venía montado en un pollino, como JESUCRISTO. Los verdes ramos, las tapicerías abigarradas por sus dibujos de flores, formaban el extendido tapiz de su camino recorrible. La riqueza y la magnificencia sobrepasaban toda idea. Conciertos vocales y coros de danzas le saludaban como á JESUS en su entrada á Jerusalem, salvo que no eran sólo los niños del pueblo, sino los varones todos que le aclamaban en idiomas diferentes y discordantes. No hablo ya de los aplausos sin número, del incienso profusamente quemado, de las fiestas nocturnas celebradas, de la general iluminacion bañando de luz por la noche toda la ciudad, de los banquetes públicos y privados, y de todo lo que allí hubo lugar, que fué todo lo que las grandes ciudades emplean para expresar sus grandes alegrías...»

Atanasio, complacido de aquella ovacion sincera, sentía amargarse el profundo gozo de su alma ante algunas consideraciones, verdaderamente tristes, que no se escondían á la perspicacia de su espíritu. Entre los que le aclamaban contábanse muchos herejes, muchos arianos y semiarianos unidos en aquellos momentos por el aspecto del peligro comun; ¡paganos que saludaban como libertador al sucesor y enemigo de Jorge! ¡Pensaba que debía el mismo la libertad á un emperador que adoraba los dioses, siendo así que su destierro y su persecucion fueron obra de un emperador cristiano, de un hijo de Constantino!

Estas observaciones le hicieron exclamar visiblemente conmovido: «¡Pensemos en la paz! ¡Celebremos la paz!»

Durante su ausencia de Alejandría, los cristianos ortodoxos se habían abstenido de relacionarse con el obispo intruso, y de recibir de sus manos la Confirmacion y el Orden. De ahí que su llegada fué la señal de una agrupacion extraordinaria de fieles que pedían la gracia de la confirmacion de aquella fe entónces tan amenazada. Eran legiones de soldados que iban á recibir de manos del Obispo, su caudillo, el broquel para las batallas que presentían habían próximamente de librarse.

La influencia de su nombre era tanta en Alejandría, que sus consejos eran irresistibles como si fueran mandatos de un poderoso; pero en otras regiones sus medidas se hallaban contrabalanceadas por influencias antipacíficas. En Antioquia se había formado un grupo de intransigentes, cuyo bello ideal era la sistemática exclusion de todo aquel que, por más que llevara sentimientos de penitencia, repugnara á dar pasos no prescritos ni siquiera por la Iglesia, cuando de reconciliacion se trata.

Cerradas las puertas de la conversion, alejados al aspecto de pasiones repulsivas á toda alma delicada los que venían al impulso de la gracia que les llamaba, cada día dificultábase más la concordia. Atanasio se propuso establecer las bases de un acuerdo sólido. Convocó á

Alejandro los obispos de Egipto. Admitidos á deliberar, así los ortodoxos puros como aquellos cuya heterodoxia era hija, ó de mala inteligencia, ó de falta de consideraciones de parte de los ortodoxos, hablóles con el acento de atractiva, de irresistible caridad. «El reino de los cielos, decía á los intransigentes, no nos pertenece exclusivamente: cuanto más acompañados iremos, más gloriosa será nuestra llegada allí.»

En general, todas las fracciones medias cedieron á la corriente de la verdad y de la caridad de aquella asamblea. Sólo los extremos, y aún podemos decir las extremidades de los partidos extremos, permanecieron retraídos.

Los discípulos del exagerado Aecio por un lado, y por el otro los del obispo Lucifer, que eran cada día más contados, eran los únicos grupos que no cedían.

Juliano pudo convencerse que la reaparición de Atanasio equivalió á la resurrección de la vida, del movimiento, del heroísmo de la cristiandad. No era tal lo que se propuso al llamar indistintamente los jefes de las divisiones cristianas. Pensaba provocar con ello la guerra, y facilitó la paz.

Cada día llegaban diputaciones de magos, sofistas, sacerdotes idolátricos, políticos, á exponer el ascendiente absoluto del patriarca de Alejandria. Atanasio formaba un verdadero obstáculo al desarrollo de los planes imperiales.

La carta que vamos á traducir, dirigida á los alejandrinos, expresa el estado de ánimo de Juliano ante el acrecentamiento del poder del grande Obispo.

«Seguramente, les decía, el hombre desterrado por varios edictos imperiales y directos actos del poder, debía esperar una orden especial que le llamara de nuevo á la patria; y dado el caso de volver á ella sin mandato expreso, debía abstenerse de insultar las leyes por un arranque de loca arrogancia. Nós acordamos que los galileos expulsados por el bienaventurado Constancio, pudieran volver á sus hogares, pero no á sus iglesias. Mas yo he sabido que Atanasio, hombre audaz, impulsado por su acostumbrada insolencia, ha vuelto á posesionarse de esto que el vulgo llama el trono episcopal; acto que disgusta al pueblo piadoso de Alejandria. Nós le mandamos, pues, que al recibir la presente carta salga de esa ciudad. Si resiste, le anunciamos más severas penas.»

Los alejandrinos, su inmensa mayoría al ménos, no participaban de las ideas ni de los sentimientos del restaurador del paganismo. El verdadero disgusto lo causó en ellos la carta imperial. De ahí que espontáneamente constituyeran una diputación de personas respetables con el objeto de exponer á Juliano el verdadero pensamiento de Alejandria y de recabar la derogación de la orden de destierro.

Juliano recibió la diputación con desden: «Aunque vuestra ciudad, les dijo, hubiera sido fundada por alguno de aquellos miserables que abrazaron un género de vida detestable y desconocidos dogmas, no tendríais derecho á dirigirme esta súplica. Mas ahora vosotros, los hijos de Alejandro, los favoritos de Isis y de Sérapis... vosotros, que habéis pasado de Alejandro á los ilustres Ptolomeos, y despues al cetro de los romanos; vosotros, que Augusto ha visitado, á quienes los dioses colmaron de beneficios, ¡ah! ¡me avergüenzo de pensar que ni uno solo de vosotros se atreva á llamarse galileo!

«Los padres de los verdaderos hebreos sirvieron en Egipto, y vosotros, los señores de Egipto, queréis servir á los conculcadores de los dogmas de vuestros padres. Estáis ciegos; sólo vosotros os atrevéis á insultar al Sol; sólo vosotros ignoráis que es él el que hace el verano y el invierno, y produce el germen de todas las cosas. Hé ahí el dios que vosotros abandonáis para adorar á este Jesus que ni vuestros padres conocieron, ni vosotros conocéis. Creedme, andáis equivocados. Tambien yo he creído estas cosas hásta la edad de veinte años; mas de doce años á esta parte sigo el sendero de los dioses inmortales. Si renunciáis á vuestros errores me llenaréis de regocijo; si persistís en ellos, á lo ménos dejadme en paz, no me roguéis en favor de Atanasio, contentaos con sus discípulos, que tiene en suficiente número para atolondraros. ¿Es que no hay nadie más que él en el mundo? ¡Ah, pluguiera al cielo que

esta secta impía sólo contara un Atanasio!... Su habilidad os atrae, os encadena á su opinion. Oigo decir que es un modelo de intrigantes. Pues bien; sabed que por esto mismo quiero que se separe de vosotros. Es una grande dificultad la existencia de uno de estos hombres altaneros al frente de un pueblo. ¡Y á lo ménos fuese una notabilidad!... Pero es un aborto miserable que se cree grande sólo porque arriesga su cabeza. Esto es el comienzo de la anarquía; para libraros de sus horrores yo le expulso de vuestra ciudad, y ordenaré que salga del Egipto.»

Estas expresiones disiparon el resto de las esperanzas concebidas por los alejandrinos. Atanasio por cuarta vez dejó su patria y su grey al impulso de los enemigos de la Iglesia; pero esta vez su partida fué pública. A la muchedumbre de cristianos que le acompañaron hasta las orillas del Nilo, les dijo con acento de conviccion: «No os turbéis, esta borrasca la forma una pequeña nube que pasa; aguardad un poco, pronto habrá concluído todo.»

No obstante, esta vez Atanasio resolvió burlar la vigilancia imperial. Despues de remontan un poco el Nilo, volvió á descender para regresar á Alejandría, y dirigir de incógnito las próximas campañas de la fe. Cuéntase que los comisionados del Emperador, que seguían las huellas de Atanasio, quizá para consumir un crimen mayor que el del destierro, encontraron un grupo de paisanos, que descendía, y que el conde que presidía á los imperiales preguntó á uno de los que á Alejandría se dirigían si habían encontrado á Atanasio. «Sí, contestó el interrogado; muy cerca de aquí lo hemos encontrado; en verdad, no puede estar muy distante.» Los investigadores siguieron adelante; pero no encontraron el objeto de sus pesquisas. El interpelado era el mismo Atanasio.

En el entre tanto Juliano discurría nuevos vejámenes para aburrir á los confesores del Cristianismo.

Privóles de los puestos brillantes de la milicia y de la administracion; decretó que los cargos remunerados por sueldos algo regulares fueran conferidos á servidores de los dioses. Para crear conflictos á todos los cristianos hizo erigir estatuas de ídolos junto á sus propias estatuas, para que los cristianos se vieran precisados á reverenciar á los dioses saludando la efigie del soberano. Reaparecieron en las monedas los símbolos de la idolatría. El manantial de las fuentes que proveían á todo Antioquía fué consagrado solemnemente á las divinidades del Olimpo; y aquella agua consagrada se esparcía por los objetos que debían servir para los usos comunes de la vida. Así introducía la turbacion en las conciencias de los individuos y de las familias; puesto que, si bien los sacerdotes no enseñaban que los objetos materiales tuvieran una virtud mágica y maléfica, no obstante en este punto las preocupaciones populares excedían las exigencias de la verdad. El pueblo era en esto más exigente que la Iglesia.

El descontento que reinaba en el pueblo se comunicó á las legiones. Los soldados cristianos eran blanco continuo de las sátiras y de los desprecios de sus camaradas gentiles. Las quejas que estos desórdenes arrancaban á muchos eran llevadas á oídos del Emperador.

Juventino, Maximino, Bonosio, Maximiniano, pasaron de las filas guerreras al suplicio por haberse permitido defender con denuedo la religion que profesaban.

Un nuevo conflicto estalló entre la cristiandad y la gentilidad. Cerca de Antioquía estaba un poético lugar en donde, segun la tradicion pagana Daphné, la ninfa querida de Apolo fué convertida en árbol, para escapar á los abrazos de su amante. La estatua que recordaba aquel hecho había desaparecido en tiempo de Constantino; pero en cambio, Galo, hermano de Juliano, había hecho edificar allí, junto á la antigua fuente Castalia, una tumba á san Babyas, obispo de Antioquía, martirizado en la persecucion de Decio. Juliano quiso visitar el lugar de la *prodigiosa* transformacion de Daphné. El templo de Apolo lo encontró desierto. Un solo sacerdote permanecía en él falto de todo. Sin víctimas que inmolar, sin asistentes á quienes representar. Juliano determinó restaurar la antigua opulencia de aquel culto.

Consultando ante todo el oráculo de Castalia, donde habían ido á pedir consejo é inspi-



racion los antiguos poetas y adivinos, oyó de labios de la diosa, que «no podría aconsejarle con entera libertad mientras no se quitaran de las cercanías de aquel lugar los restos importunos de un muerto.»

El muerto era Babylas.

Juliano dió orden á los cristianos que exhumaran y trasladaran las cenizas del mártir. La orden fué cumplida; dando su ejecucion pretexto, ó mejor, siendo causa de una espléndida manifestacion de la fe cristiana. Extraordinaria muchedumbre, formada por personas de todas clases, procedentes de Antioquía y de las poblaciones vecinas, acompañó en procesion los restos venerables.

Consolaba al Emperador de la amarga idea de aquel espectáculo la esperanza de ofuscarla con la pompa y solemnidad de un sacrificio que dispuso para celebrar la restauracion del templo de Apolo y Daphné; una inmensa hecatombe de bueyes y carneros estaba preparada para el sacrificio. Mas permitió Dios que en la víspera de la solemnidad el templo fuera incendiado.

Aquel siniestro incidente fué atribuído á los cristianos. Juliano, transportado de enojo, pronunció sentencia de muerte contra todos los que creyó capaces de haber inspirado ó ejecutado aquel incendio.

Entónces un consejero íntimo del Emperador le dijo: «Andad precavido, señor; váis á hacer algunos mártires, que es precisamente lo que los cristianos desean.»

Teodoro, jóven que ardía en la fe de JESUCRISTO, fué puesto á la tortura; sus carnes despedazadas, su cuerpo desconyuntado. Mas su valor no sufrió mengua. El espectáculo de su firmeza le atraía la admiracion de muchos paganos. «Estáis dando héroes á vuestros adversarios,» dijo á Juliano el consejero de quien hemos hablado. Juliano le contestó: «¡Ay! veo que los cristianos vuelan al martirio como abejas á la colmena.» El confesor recibió con pena la orden de suspenderse su martirio.

En despecho del incendio del templo de Apolo, la grande iglesia ó catedral de Antioquía fué cerrada, demolida y sus riquezas entregadas al tesoro público. Aquella profanacion dió lugar á un nuevo martirio. Teodoreto, depositario de los tesoros principales del servicio divino, se resistió á cumplir el decreto imperial. La firmeza de las contestaciones dadas á los emisarios de Juliano fué suficiente proceso para condenarle. Teodoreto fué sujetado á la tortura, y tan desapiadadamente le trataron en el potro, que su cuerpo al salir de aquel bárbaro instrumento media ocho piés de largo.

El ilustre confesor sostuvo elocuentes diálogos con sus verdugos. Muchos espectadores se convirtieron. Teodoreto fué decapitado sin orden expresa de Juliano. En el instante de su muerte anunció al Emperador grandes y próximas desgracias.

La agitacion creciente que estos episodios sostenian espantó al Emperador, que llegó á reprimir por demasiado severos á sus oficiales superiores. «Habéis dado á los cristianos, les dijo, un grave pretexto de hablar contra mí.»

Los cristianos consideraban hacia ya mucho tiempo á Juliano como á un Emperador de los más perjudiciales á su sagrada causa; empero esperaban, porque sabían que JESUCRISTO les tenía prometido el triunfo, y porque algunos mártires, especialmente Teodoreto, en el supremo momento del martirio anunciaron ser próxima la libertad de la fe.

Frecuentes eran en Antioquía las manifestaciones de confianza en la proximidad de más felices días entre los cristianos, á la vista misma del Emperador. Cánticos bíblicos, alabanzas á JESUCRISTO, antifonas á los mártires resonaban continuamente por las calles de la ciudad, transformada en corte. Las mujeres desempeñando sus domésticas tareas, los hombres en sus talleres cantaban poéticas composiciones sobre los principales dogmas de la fe, debidas muchas á Apolinario; y sus ecos llegaban á los oídos de Juliano, hasta cuando se dirigía al templo para sacrificar á los ídolos.

Sobre todo cuando tenían lugar las exequias de algun cristiano notable por sus virtudes

ó por su posición social dábase tanta solemnidad á la sepultura, que constituían aquellos actos verdaderas demostraciones de la vida y virilidad de la Iglesia. Juliano prohibió se celebraran de día aquellos actos. «El dolor, dijo, debe ser amigo del secreto; la pompa y la ostentación no le corresponden.»

Juliano comparaba la frialdad, la indiferencia, la disipación de sus propios correligionarios con el ardor y el entusiasmo de los galileos, nombre que daba á los cristianos, y la idea que le resultaba de este paralelo le era altamente desconsoladora.

Dos documentos expidió en vista del tristísimo estado moral del paganismo, destinados no sólo á lamentarse de los desórdenes habituales, sino á provocar una reforma de la moral dentro del paganismo. «Si nuestra religión no obtiene los progresos que deseamos, escribía á Argacio, la falta es de los que la profesan. Los dioses han hecho de su parte cosas superiores á nuestras plegarias y á nuestras esperanzas... Pero ¿debemos contentarnos con lo que los dioses hacen y ni siquiera imitar los actos que han hecho crecer la impiedad de los cristianos, á saber, la humanidad respecto á los extranjeros, el cuidado de las tumbas de sus difuntos y la santidad exterior de la vida? Es preciso que grabemos en nuestro corazón la estima á esas virtudes, y no sólo que las pratiquéis vos, sino que vigiléis que los sacerdotes las practiquen... No permitamos de ninguna manera que los demás se apropien nuestras virtudes, y nos dejen la ignominia de nuestra pereza, lo que equivaldría á hacer traición á nuestros dioses...»

La atmósfera de santidad y edificación creada por la cristiandad se había de tal manera extendido, que hasta Juliano la respiraba sin querer, sin advertirlo siquiera. De ahí el plan de la reforma moral del politeísmo. Él había admirado en los cristianos la perfecta organización de la jerarquía eclesiástica, y viendo en el sacerdocio pagano la más completa confusión jerárquica, aspiraba á establecer una jerarquía en los diversos servicios del altar; él recordaba las magníficas y provechosas lecturas y sermones que tenían lugar en las iglesias cristianas, y veía que en los templos paganos no se daba instrucción alguna á los adoradores de los dioses. Nadie sabía lo que había de creer, porque los maestros ignoraban lo que debían enseñar. Concibió la idea de formar una teología para el paganismo y de instituir el ministerio de la predicación. No tenía tampoco una liturgia prudente y armonizada con las divinidades adoradas, y no obstante cautivábale la gracia, la poesía, la inspiración de la liturgia católica. Cantos obscenos resonaban por las bóvedas de los templos, Juliano pensaba purificar los cantos. ¡Ay! no atinaba que ántes de purificar los cantos de los adoradores era lógico purificar las divinidades adoradas. ¡Cómo no habían de ser inmorales las inspiraciones de Baco y de Vénus! hasta soñó el restaurador del paganismo en establecer nuevos misterios de purificación y de penitencia.

Estos votos, deseos, aspiraciones de su alma, evidentemente inspirados por el estado, la atmósfera moral extendida por el Cristianismo los expuso en una especie de alocución, edicto, ó lo que se quiera, cuya publicación ó expedición no consiguió sino la hilaridad y el desden de sus correligionarios. Para modelar las costumbres, según ciertas leyes y preceptos, todos hubieran preferido abrazar la fe cristiana, en cuyas iglesias se enseñaban los verdaderos principios de la severidad moral. Servir á los dioses equivalía á emancipar las pasiones, á sancionarlas y á cubrirlas con la sombra celestial de respectivas divinidades.

Viendo la esterilidad de sus esfuerzos, Juliano acudió á las amenazas. Los resultados no correspondieron á su indignación. El politeísmo carecía de todas las condiciones de vida en las inteligencias. Los filósofos y los muchedumbres se resistían á admitir como ley de sus conciencias los caprichos de un Emperador. Por otra parte, las ridiculeces de su ferviente é inconsiderada devoción eran tema de las conversaciones humorísticas de sus súbditos. Antioquía se estaba divirtiendo á costas de su soberano. A su vista, á sus oídos aquellos ciudadanos, acostumbrados á oír doctrinas ménos cómicas y más sólidas, se mofaban de las extravagancias del *regenerador* de la humanidad.



# HISTORIA DE ESPAÑA, ILUSTRADA,

*desde su fundacion hasta nuestros dias. Coleccion de litografias representando los principales hechos históricos de cada época, con texto al dorso, por D. Rafael del Castillo.*

Sale dos veces al mes, en entregas con cubierta de color, formando cada entrega dos hojas dobladas, que contienen cuatro láminas de tamaño *más de folio*, de papel bueno y fuerte, cual exige una lámina destinada, si se quiere, para ser colocada en un cuadro.—Al dorso de cada lámina, y á dos columnas, va su texto explicativo.

El precio de cada entrega es el de 5 rs. en toda España, remitidas por el correo ú otro conducto, de manera que no puedan malograrse.—En nuestras posesiones ultramarinas las entregas cuestan dos reales más.—Van publicadas 95 entregas.

## HISTORIA GENERAL DE FRANCIA

*desde sus primitivos tiempos hasta nuestros dias, por D. Vicente Ortiz de la Puebla.*

Cuatro tomos en folio, de abundante y clara lectura, impresos con tipos enteramente nuevos y en papel satinado, y adornados con mas de 1000 bellísimos grabados, entre láminas sueltas y viñetas, ó 300 entregas de ocho páginas á un real la entrega.

## LA VUELTA POR ESPAÑA.

*Viaje histórico, geográfico, científico, recreativo y pintoresco. Historia popular de España en su parte geográfica, civil y política, puesta al alcance de todas las fortunas y de todas las inteligencias. Viaje recreativo y pintoresco, abrazando: las tradiciones, leyendas, monumentos, propiedades especiales de cada localidad, establecimientos balnearios, produccion, estadística, costumbres, etc.—Obra ilustrada con grabados intercalados en el texto representando los monumentos, edificios, trajes, armas y retratos. Y escrita en virtud de los datos adquiridos en las mismas localidades por una sociedad de literatos.*

Tres tomos en 4.º mayor, ó 364 entregas de 8 páginas, á medio real la entrega.—A los que se suscriban y no quieran tomar de una sola vez todas las entregas, se les facilitará ir adquiriéndolas á su comodidad.

## EL REMORDIMIENTO Ó LA FUERZA DE LA CONCIENCIA.

*Novela basada en el argumento del muy aplaudido drama italiano de Luigi Gualtieri, por D. Juan Justo Uguet.*

Dos tomos en 4.º muy abultados con 20 preciosas láminas grabadas sobre boj representando los principales asuntos de la obra, á 78 rs. en pasta.—Tambien se facilita ir adquiriéndola por suscripcion, tomando, á comodidad del interesado, las 134 entregas de que consta, á medio real la entrega.

## ILUSTRACION RELIGIOSA.—LAS MISIONES CATÓLICAS.

*Boletín semanal de la Obra de la Propagacion de la Fe, establecida en Lyon, Francia.*

Un tomo en folio con gran número de grabados intercalados en el texto, á 60 rs. en media pasta.

## GALERIA CATÓLICA.

*Coleccion de litografias representandò las principales escenas de la vida de Jesucristo, de su Santísima Madre, de la Iglesia católica y de los Santos: con texto explicativo y doctrinal al dorso de cada lámina, por los Rdos. P. M. Fray José María Rodríguez, General de la Orden de la Merced: D. Eduardo María Vilarrasa, Cura propio de la parroquia de la Concepcion de Nuestra Señora, en Barcelona, y D. José Ildefonso Gatell, Cura propio de la parroquia de San Juan, en Gracia (Barcelona); Monumento elevado á nuestro Santísimo Padre Pio IX, Papa reinante, y dedicado á los excelentísimos é ilustrísimos señores Arzobispos y Obispos de España. Con aprobacion del Ordinario.*

Agotada la primera edicion de tan útil como lujosa obra, hemos emprendido una segunda, deseosos de complacer á las muchas personas que nos han indicado apetecian poseerla.—La obra consta de cuatro tomos en folio mayor, á 325 rs. en medio chagrin con relieves y dorados al llano; ó 49 entregas de 4 láminas cada una, á 5 reales la entrega en toda España.

## VOCES PROFÉTICAS

*ó signos, apariciones y predicciones modernas concernientes á los grandes acontecimientos de la cristiandad en el siglo XIX, y hácia la aproximacion del fin de los tiempos, por el presbítero J. M. Curicque, de la diócesis de Metz, miembro de la Sociedad de Arqueología y de Historia de la Moselle, miembro corresponsal de la Sociedad histórica de Nuestra Señora de Francia. Quinta edicion revista, corregida y aumentada. Traducida al español por el licenciado D. Pedro Gonzalez de Villaumbrosia, canónigo de la santa Iglesia Metropolitana de Zaragoza, Examinador Sinodal de varias diócesis, Misionero apostólico, etc., etc.*

Dos voluminosos tomos en 4.º mayor, á 32 rs. en rústica y 40 en pasta.